

NICOLAS DE CUSA, COMPENDIUM

Traducción y notas de Juan García González*. Universidad de Malaga.

"Il *Compendium* contenuto integralmente, oltre che nel *Codex Cusanus* 219 (ff. 163 r - 169 v) (*), anche nel *Codex Magdeburgensis* 166 (ff. 510 r - 521 r) della biblioteca del Domgymnasium di Magdeburgo (ora questo codice si trova nella Deutsche Staatsbibliothek di Berlino con il numero provvisorio 3061), e per un piccolo brano, il capitolo VIII, nel *Codex Inslebensis* 960 (f. 189 v) della Turmbibliothek St. Andreas di Eisleben".

(*) Esta es la numeración que aparece en la presente traducción.

SANTINELLO, G.: *NICCOLO CUSANO: Scritti filosofici*. Zanichelli, Bologna 1965; v. I, Introducción p. 56.

Introducción

Esquema:

1. Conocimiento y realidad	Capítulo I
2. Análisis del conocimiento:	
2.1. Introducción: los signos	Capítulo II
2.2. Los signos instrumentales	Capítulo III
2.3. El signo sensible y el imaginativo	Capítulo IV
2.4. Los signos intelectuales:	
1) Qué son	Capítulo V
2) Cómo se usan	Capítulo VI
2.5. El verbo	Capítulo VII
2.6. Consideración unitaria	Capítulo VIII
2.7. Conocimiento y mundo	Capítulo IX

*N. del a. El autor de la traducción no es filólogo, ni siquiera experto latinista. Ha tenido que traducir este opúsculo para una tarea filosófica, y ofrece este boceto de traducción para suplir una laguna de ya medio milenio -sólo dos escritos de Cusa han sido traducidos al español-, pero no como traducción definitiva; ello explica la falta de anotaciones. Con todo, deja expresa constancia de su agradecimiento a D. Ildefonso Adeva y a D^a M^a Luisa Jiménez, latinistas ambos, que revisaron parcialmente esta traducción.

3. El principio:

3.1. El principio en sí mismo	Capítulo X
3.2. Su semejanza en el alma	Capítulo XI
3.3. Su semejanza en las cosas sensibles	Capítulo XII
3.4. De la referencia del alma y la inteligencia al principio	Capítulo XIII
4. Conclusión y epílogo	Capítulo sic

Capítulo I: La intuición mental de la realidad de las cosas.

163 r Recibe un breve compendio que contiene aquello sobre lo que debe versar tu consideración.

Si deseas progresar primero acepta por verdadero lo que la sana mente de todos los hombres atestigua; por ejemplo, que lo singular no es plural, ni es uno lo múltiple. Por lo tanto, lo uno no puede darse en la multiplicidad singularmente, o como es en sí, sino de algún modo comunicable a muchos.

Después, no puede negarse que las cosas existen naturalmente antes de ser cognoscibles; luego ni los sentidos, ni la imaginación, ni el intelecto alcanzan su modo de ser, puesto que les precede, sino que cuanto se alcanza con cualquier modo de conocer sólo significa aquel modo de ser; y de aquí que no sea la misma cosa lo que se conoce, sino una semejanza, especie o signo de ella. Por tanto, no hay ciencia del modo de ser, aunque que tal modo existe parece ciertísimo.

En consecuencia, tiene que haber una visión mental intuitiva de aquello que es previo a todo conocimiento. Pero quien se preocupa por encontrar en el conocimiento aquello que se ve de ese modo, se fatiga en vano, como quien se esforzara por tocar incluso con las manos el color, que sólo es visible. Pues la visión de la mente en relación al modo de ser de las cosas es como la visión sensible en relación a la luz, cuya existencia ciertísimamente aprecia, pero no conoce, pues precede a todo aquello que con su visión puede alcanzar. En efecto, lo que se conoce por la visión sensible es signo de la misma luz, pues los colores, que se conocen con la vista, son signos y términos de la luz en lo diáfano. Suponte, entonces, que el sol es el padre de la luz sensible, y en su semejanza concibe a Dios como padre de las cosas -luz inaccesible a todo conocimiento-, y a todas las cosas como resplandores de aquella luz, en relación a los cuales la visión de la mente se comporta como la visión del sentido en relación a la luz del sol; y aquí tendrás la consideración acerca del modo de ser presupuesto en todo conocimiento.

Capítulo II: De porqué conviene estudiar los signos y primeramente el lenguaje.

La realidad, en la medida en que cae bajo el conocimiento, se aprehende en los signos. Conviene, pues, que busques los diferentes modos de conocer en los diferentes signos; y ya que ningún signo designa suficientemente el modo de ser tal como éste puede ser designado, si se debe llegar al mejor conocimiento posible se necesitará hacerlo mediante varios signos, para con ellos conseguir una mejor noticia, del mismo modo que se conoce mejor una cosa sensible por los cinco signos sensibles que por uno o dos.

El perfecto ser de una cosa requiere que pueda conocer. En efecto, como un animal perfecto no puede vivir sin alimento, es necesario que lo conozca; y como

éste no se encuentra en todo lugar, tendrá necesariamente el animal un modo de moverse de lugar en lugar y de buscarlo; de donde se sigue que tendrá todos los sentidos a fin de alcanzar el alimento conveniente o con la vista, o con el oído, el olfato, el gusto o el tacto/. Y puesto que los animales de la misma especie se apoyan y ayudan para vivir mejor, conviene que conozcan a sus semejantes y se oigan y entiendan mutuamente, en cuanto lo pida la perfección de la especie. En efecto, con una voz convoca el gallo a las gallinas cuando encuentra pasto y con otra las avisa para que huyan del milano que ve presente por las sombras. Según esto, a un animal más noble le será necesario un mayor conocimiento para el buen vivir; por lo que, entre todos ellos, conviene al hombre tener el mayor conocimiento; y, en efecto, sin las artes mecánicas y liberales, las ciencias morales y las virtudes teológicas el hombre no subsiste bien y felizmente. Y porque al hombre le es más necesario el conocimiento que a los restantes animales, todos los hombres desean por naturaleza saber, en función de lo cual conviene que el saber se les transmita, de tal manera que el ignorante sea informado por el más docto; pero como esto no puede hacerse sino por signos, es preciso que estudiemos los signos. 163 v

Todos los signos son sensibles y designan las cosas o naturalmente o por convención: naturalmente, como los signos por los cuales se designa el objeto en la sensibilidad; o por convención, como los vocablos, la escritura y todos aquéllos que se reciben por el oído o la vista, y que designan la realidad según se ha convenido. Los signos naturales se conocen naturalmente, sin ningún otro maestro, como el signo que designa el color es conocido por todos los que ven, y el que designa la voz por todos los que oyen; y lo mismo con los de los demás sentidos. También son de este tipo la expresión de la alegría en la risa, y la de la tristeza en el gemido, y cosas semejantes. Pero los otros signos que son convenidos a placer para designar, y cuya convención nos es ignota, no se llegan a conocer sino por el arte y la doctrina. Y como es necesario que todos los signos por los que debe transmitirse el conocimiento sean conocidos por maestro y discípulo, la primera doctrina versará sobre el conocimiento de los signos que ellos permiten, es decir, del lenguaje; y será primera porque sin ella nada puede transmitirse, y porque en su perfección se incluye todo lo que puede ser transmitido.

Capítulo III: Del origen de la escritura y del lenguaje.

Conviene que nuestros primeros padres, que fueron creados perfectos, no sólo recibieran de Dios la perfección de la naturaleza sino también la de la ciencia de esos signos por los que se comunicaban mutuamente sus pensamientos, ciencia que podrían transmitir a sus hijos y a su posteridad. Y así vemos a los niños capaces del arte de decir, en cuanto pueden hablar, porque se trata de la ciencia primera y más necesaria para la buena existencia.

No parece absurdo pensar entonces que la primera lengua humana fuera tan rica en sinónimos que contuviera en sí las posteriores lenguas derivadas de ella, pues todas las lenguas humanas proceden de aquella primera de nuestro padre Adán -o, entiéndase, en general, del hombre-. Y como no hay lengua que el hombre no entienda, así Adán, que es lo mismo que el hombre en general, ninguna ignoraría si la oyera, ya que, en efecto, se lee que él mismo impuso los vocablos a las cosas; de donde el que ninguna palabra de ninguna lengua haya sido instituida originalmente por otro. Y no hay que admirarse de Adán, porque es cierto que muchos, por un don de Dios, tienen de pronto pericia en todas las lenguas. Y es que no hay arte/más fácil ni más natural al hombre que el de hablar, puesto que ningún hombre perfecto carece de él. 164 r

Tampoco debe dudarse de que nuestros primeros padres tenían también el arte de escribir las palabras, o de designarlas, puesto que confiere una gran ayuda al género humano, volviendo presentes las cosas ausentes y pasadas. Luego entonces, la primera es la ciencia de designar las cosas en vocablos que se perciben con el oído, y la segunda la de designarlas en los signos visibles de las palabras, que se ofrecen a los ojos. Y ésta es más lejana de la naturaleza, como se aprecia en que los niños la consiguen más tarde y no si el intelecto no ha comenzado a regir en ellos, pues tiene más de intelecto que la primera; y es que entre la naturaleza y el intelecto, que es el creador de las artes, se incluyen ambas ciencias: la primera más próxima a la naturaleza, la segunda al entendimiento. El entendimiento produce en el hombre el primer arte con el signo sensible del oído, es decir, el sonido, aprovechando que el animal intenta expresar naturalmente sus afecciones con ese signo. Después, el arte articula y diversifica ese signo genérico para comunicar mejor la variedad de deseos, y así ayuda a la naturaleza. Mas como este signo, en que se basa el arte de hablar, cesa con la pronunciación, vacila en la memoria y no llega a lo lejos, el intelecto añadió como remedio otro arte, el de escribir, y lo formó a base del signo sensible de la vista.

Capítulo IV: Del signo sensible y del imaginativo.

Consideremos ahora cómo los signos sensibles van del objeto al sentido, para ver que las cosas corporales resplandecen o en acto o en potencia: en acto en tanto que lúcidas, en potencia como coloreadas; y que no hay cosa corporal absolutamente privada de la luz o del color, que de ella procede -pues el color no emite por sí mismo resplandor perceptible a nuestra vista, sino ayudado por la luz-.

Pues bien, el resplandor se propaga rápidamente en línea recta aun desde las cosas más lejanas, y el sentido de la vista está adaptado naturalmente para su percepción. El sonido se difunde desde lejos orbicularmente, y para captarlo es creado el sentido del oído. El vapor se difunde sólo próximamente y es recibido por el olfato. El tacto ya recibe sólo las cosas circundantes, y el gusto el sabor interior. De esta manera se ordenan estas cosas con una admirable providencia de la naturaleza para el buen vivir de los animales.

Mas como ninguna cosa tal y como es en sí misma es multiplicable y sin embargo ayuda al bien del mismo ser el tener noticias de las cosas, consiguientemente deben las cosas, que de suyo no pueden entrar en el conocimiento de otro, entrar mediante sus signos. Por lo que conviene que haya entre el objeto sensible y el sentido un medio por el cual el objeto pueda multiplicar su especie o signo.

Y ya que esto no acontece sino en presencia del objeto, si estos signos no pudieran ser anotados de tal manera que, aun retirado el objeto, permanecieran impresos, no se mantendría el conocimiento de las cosas. Por ello las cosas designadas permanecen en la fantasía en una especie de signos de signos, como las palabras permanecen en la letra escrita una vez cesada su pronunciación; a esta permanencia puede llamarse memoria. Son pues los signos de las cosas en la fantasía, signos de los signos de los sentidos, pues nada hay en la fantasía que antes no estuviera en los sentidos, como se ve en que un ciego de nacimiento no tiene el fantasma del color ni puede imaginárselo. Estos signos, aunque son más abstractos que los signos sensibles materiales, / no están sin embargo del todo separados. La vista es de alguna manera coloreada, pero la imaginación del color carece absolutamente de color; y por ello los signos de las cosas en la imaginación o fantasía son más alejados de la materia y más formales, y por lo mismo más perfectos en relación a las cosas inteligibles, y más

imperfectos en relación a las sensibles; con todo, no son absolutamente abstractos, pues la imaginación del color, aunque nada tenga de la cualidad del color, no carece sin embargo de toda connotación sensible. Nada se puede imaginar, en efecto, que ni se mueva ni esté en reposo, o que no sea cuantitativo, ya sea grande o pequeño, aunque se imagine sin la precisa delimitación de las cosas sensibles. Por ejemplo, nada puede ser tan pequeño cuya mitad no pueda imaginarse, o tan grande que no se pueda imaginar el doble.

En todos los animales perfectos se dan estos signos imaginativos, que son signos de los signos sensibles, para que no carezcan del conocimiento que les es oportuno. Sólo el hombre alcanza un signo separado de toda connotación material y enteramente formal, representante de la simple forma de las cosas, que les da el ser. Este signo, alejadísimo de las cosas sensibles, es muy próximo a las intelectuales.

Capítulo V: De los signos intelectuales.

Conviene ahora que te des cuenta de que el signo sensible es antes confuso y genérico que propio y específico, de la misma manera que el signo verbal es primero signo de un sonido -cuando la voz se oye de lejos-; más tarde, cuando se oye más de cerca, se hace signo del sonido articulado que llamamos voz; después, todavía más cerca, se hace signo de la voz de alguna lengua; y por último se hace signo de una especial palabra. Lo mismo ocurre con todo. Y aunque los intervalos de tiempo a menudo no se perciban por su admirable rapidez, no puede darse un signo perfecto si no deviene de confuso en específico.

De una sola y la misma cosa inmultiplicable las notas y signos por los que se la conoce son varios, unos genéricos y otros específicos, entre los que se incluyen todos los intermedios, ya sean más genéricos o más específicos. Pero como la perfección de los signos recibe el más y el menos, ningún signo será jamás tan especializado y perfecto que no lo pueda ser más, ya que no es dable signo alguno de la singularidad, pues ésta no recibe el más o el menos, y por ello no es cognoscible *per se*, sino *per accidens*. Por ejemplo, Platón, que no es susceptible de más y menos, no aparece sino accidentalmente en sus signos visibles, que son sus accidentes. Y, en general, todo lo que se alcanza con la sensibilidad o la imaginación, como no se conoce sino en signos, que reciben el más y el menos, no se alcanza sin los signos de la cantidad. Sin ellos, por tanto, no podrían darse los signos de la cualidad que llegan a los sentidos, pero en éstos¹, aquéllos no se dan *per se* sino *per accidens*, en base a que no puede haber cualidad sin cantidad. Sin embargo, los signos de la cantidad no requieren los de la cualidad, por lo que pueden darse sin ellos. En suma, la cosa cuantificada llega al conocimiento mediante los signos de la cantidad, de tal modo que lo que es incognoscible *per se* se conoce *per accidens*, pues eliminada la magnitud y multitud ninguna cosa se conocería.

165 r

Llegados a este punto parece útil insistir en esto: que ni siquiera el signo o especie natural de esa cantidad singular puede ser singular, puesto que nada singular es plurificable o multiplicable, ya sea sustancia, cantidad o cualidad. Por tanto, aunque sea especie o signo de la cantidad, sin embargo no lo es en cuanto esta cantidad. Las cantidades singulares se advierten y conocen por el signo de la cantidad en general, como una cosa roja singular por el signo universal de lo rojo. Ninguna cosa es de la misma cantidad o cualidad que otras y como la cantidad de cualquier cosa singular es singular, la cantidad no es algo general en la realidad, sino en el conocimiento, especie o signo. Lo pequeño y lo grande tienen especies, pero no son esto pequeño o esto grande, que son cantidades singulares, sino que mediante ellas se conoce esto pequeño y esto grande.

Los signos naturales son especies de las cosas singulares designadas. Pero estas especies no son formas formantes, sino formas informantes. Los informados en cuanto tales reciben el más y el menos; alguno, en efecto, está más informado que otro, e incluso él mismo está ahora menos y después más informado. Tales formas pueden por ello estar en varios, puesto que no se requiere que estén en ellos según el mismo modo de ser, que no es multiplicable, sino diversamente en los diversos, como uno solo es el arte de escribir que se encuentra diversamente en varios escritores. Por todo esto se hace evidente que un número determinado, por ejemplo, el tres, el diez o los demás, como no reciben el más y el menos por su determinación singular, no tienen sino especies generales, y así de la misma manera que con la especie de la multitud indeterminada, que se puede llamar numeración, se conoce una determinada multitud, con las especies de la magnitud y multitud se conoce un determinado número grande, y con las de la multitud y pequeñez, un número pequeño; también los colores semejantes se conocen con las especies de la semejanza y el color, y los desemejantes con las de la desemejanza y el color; las voces concordantes con las especies de la concordancia y de la voz, y las discordantes con las de la disonancia y la voz. Y así con todo.

Puesto que de esta manera -desde especies y signos nocionales- se forma en nosotros la noticia de una cosa, no se puede conocer una cosa distintamente de otra, puesto que se conoce desde su noticia, si no se forma otra noticia con distintas formas y especies. Como cualquier cosa es singular, también su conocimiento tiene que tener algo que no se encuentre en el conocimiento de otra cosa, del modo como si una palabra tiene seis letras y otra también, conviene que, aunque coincidan en número, no lo hagan sin embargo en figura o sitio, para que sean diversas como las cosas de que son vocablos son diversas. Y así la diversidad de especies nocionales nos lleva al conocimiento de la diversidad de las cosas. Y aunque dos individuos parezcan convenir en muchas especies, sin embargo, no es posible que no discrepen también en algunas.

Capítulo VI: De cómo las especies intelectuales sirven al hombre.

165 v Debes atender a cómo no es necesario que el topo tenga vista, puesto que no necesita del conocimiento de los signos visibles, / ya que en las sombras de la tierra encuentra lo que busca. E igual hay que decir de todos los animales, o sea, que todos los vivientes sacan tantas especies de las cosas sensibles cuantas les son necesarias para su buen vivir. Por ello no todos los animales perfectos, aunque convengan en el número de los sentidos, convienen también en el número de especies o signos. Así, unas son las especies que saca la hormiga, otras el león, otras la araña o la vaca, al igual que diversos árboles toman de la misma tierra diversos alimentos, cada uno el conveniente a su naturaleza. Y de entre las especies recibidas por los sentidos, la fantasía de un animal hace una imagen distinta de la de otro, y una estimación de la amistad o enemistad, conveniencia o inconveniencia distinta de la de otro.

Por lo mismo, el hombre toma de los signos sensibles las especies convenientes a su naturaleza; y, como es de naturaleza racional, busca poder con ella razonar bien y encontrar el alimento pertinente: si corporal al cuerpo, si espiritual al espíritu o entendimiento, cuales son las diferentes especies de los diez predicamentos, los cinco universales, las cuatro virtudes cardinales, y las otras muchas cosas que convienen al hombre que usa de la razón. El hombre toma más especies que el animal bruto. Por ejemplo, y principalmente, por la vista: en tanto que sentido de la vista capta las especies de los colores por las que alcanza las diferencias de las cosas coloreadas en tanto que coloreadas; y después, en tanto que es un sentido, las de la magnitud,

longitud, latitud, figura, movimiento, reposo, número, tiempo y lugar. Sólo el hombre, que usa de la razón, saca de la vista tantas especies. De igual manera, por el oído las especies de los diferentes sonidos: graves, agudos, cantos medios, notas y sonidos semejantes; y las otras nueve especies expuestas del sensorio común. E igual con los otros sentidos. Más adelante, la fuerza racionante extrae de todas estas especies sensibles las especies de las diferentes artes por las que suple el hombre los defectos de sus sentidos y miembros, y de las enfermedades; y se ayuda para resistir los peligros corporales, y para rechazar la ignorancia y la torpeza de la mente, confortándola de tal manera que le aproveche y se haga hombre meditador de las cosas divinas. Además, tiene innatas las especies de la virtud insensible de lo justo y lo equitativo, para que sepa qué es justo, recto, laudable, bello, deleitable y bueno, y sus contrarios; y elija las cosas buenas para hacerse bueno, virtuoso, prudente, casto, fuerte y justo.

Considerando esto se evidenciarán aquellas cosas que han sido encontradas por el hombre con las artes mecánicas y liberales, o con las ciencias morales. Pues sólo el hombre encuentra cómo suplir la ausencia de luz para ver mediante la candela ardiente; y cómo ayudar a una visión deficiente con las lentes; y corregir el error sobre lo visto con el arte perspectiva; y adaptar la crudeza del alimento al gusto con la cocción; y ahogar los hedores con perfumes; o el frío con vestidos, fuego y casas; y la lentitud con vehículos y naves; o atender a la defensa con las armas; y socorrer la memoria con la escritura y el arte mnemotécnico, etc. Cosas todas que ignora el animal bruto. El hombre en cuanto hombre se refiere al bruto como el sabio al ignorante. Pues, en efecto, ambos ven igualmente las letras del alfabeto, pero el sabio compone sílabas de las múltiples combinaciones de ellas, y de las sílabas palabras, y de éstas oraciones, lo cual el analfabeto no puede hacer por carencia del arte de leer que tiene el sabio, adquirido por el ejercicio del intelecto. Y es que el componer y dividir especies naturales, y hacer de ellas las especies intelectuales, artificiales, y los signos nocionales lo tiene el hombre por la fuerza intelectual, por la que sobresale de los brutos y por la que el docto se distingue del doctrino, en la medida en que tenga ejercitado y reformado el intelecto.

166 r

Capítulo VII: Del verbo.

No hay que admirarse de que algún hombre haya avanzado de tal modo o pueda avanzar tanto con ese ejercicio que llegue a formar, por una múltiple combinación, una especie que sea síntesis de muchas otras y por la cual comprenda y entienda muchas cosas a la vez, de la misma manera que entendemos la variedad de las cosas naturales por la especie del movimiento, ya que nada se hace sin movimiento; y opinamos que se distinguen el movimiento natural y el violento, y que no se produce, por tanto, el movimiento de la naturaleza por un principio extrínseco, como el movimiento violento, sino por uno intrínseco a la cosa. Y lo mismo con otras especies. Así también otro podría encontrar todavía una especie más preciosa y más fecunda, como el que de las nueve especies de los principios se esfuerza por extraer una sola especie general de la ciencia de todo lo cognoscible. Pero, sobre todos, acertó al máximo quien comprimió todo lo inteligible en una única especie que he llamado verbo.

Se trata, en efecto, de la especie del arte que todo lo forma. Ya que cuanto se concibe fuera de esta especie, ¿acaso puede escribirse o decirse? Pues verbo es aquello sin lo que nada es hecho ni puede hacerse, puesto que es la expresión del que expresa y lo expresado, o la locución del que habla y lo que habla, y la comprensión del que concibe y lo que concibe, y la escritura del que escribe y lo que escribe, o la creación

del creador y lo que crea, y la formación del que forma y lo que forma, y, en general, la factura del que hace y lo hecho. El verbo sensible hace sensible a sí mismo y a todo lo demás, y es lo que llamamos luz, que se hace visible a sí misma y a todas las cosas; se llama también igualdad, pues se refiere por igual a todo, no siendo uno más que otro, dando a todos igualmente el que sean aquello que son, ni más ni menos. Por tanto, dado que la ciencia del que sabe y lo sabido constituyen el verbo, quien a éste se dirige encuentra rápidamente todo lo que desea saber.

Si quieres sacar la especie del modo como todas estas cosas se hacen, fijate cómo se hace el verbo local. Primero, cómo sin aire en absoluto puede hacerse audible. Sin embargo, el aire en tanto que aire no es alcanzado por ningún sentido, pues la vista no ve el aire, sino el aire coloreado, como experimentamos al verlo cuando un rayo de sol ha atravesado un vidrio coloreado. Ni el oído alcanza el aire sino cuando suena; ni el olfato lo alcanza si no huele; ni el gusto si no es sabroso, como cuando se siente un gusto fuertemente amargo por la presencia de asenjo; ni el tacto si no está caliente o frío o de otra manera que afecte al sentido. El aire, pues, en tanto que aire no es alcanzado por ningún sentido, sino que *per accidens* llega al conocimiento sensitivo. Y, sin embargo, es necesario al oído, pues sin él nada puede hacerse audible.

De igual manera considera también que todo lo que tiene que ser en acto, ya sensible o inteligible, presupone algo sin lo cual no es, y que de suyo no es sensible ni inteligible. Y como ello carece de forma sensible e inteligible no tiene nombre y no puede ser conocido a no ser que asuma una forma. Se llama, sin embargo, *hyle*, materia, *chaos*, posibilidad, poder ser hecho, sujeto y con otros nombres. Después hay que atender a que, aunque sin el aire el sonido no se hace sensible, sin embargo, no es el aire de la naturaleza del sonido; y así, ni la materia es de la naturaleza/ de las formas ni su principio, sino que existe un principio formador de ella. Pues aunque el sonido no puede hacerse sin aire, no es por ello de la naturaleza del aire, pues los peces y los hombres perciben el sonido fuera del aire, en el agua, lo que no ocurriría si fuera de aquella naturaleza.

Hay que advertir además cómo el hombre, formador del verbo vocal, no forma el verbo en tanto que animal bruto, sino en tanto que tiene mente, de la que carece el bruto. La mente es, pues, el formador del verbo; y como no forma el verbo sino para manifestarse, el verbo no es otra cosa que su manifestación, y la variedad de palabras no otra que la plural manifestación de una sola mente.

La concepción mediante la cual, a la postre, se concibe a sí misma la mente, es verbo engendrado por la mente y, por tanto, cierto conocimiento de sí misma. El verbo vocal es manifestación de aquel verbo mental, pues todo lo que puede decirse no es sino verbo. En consecuencia, ten del formador de todas las cosas un concepto como el de la mente; pues él se conoce en el verbo engendrado de sí y se manifiesta en la criatura, que es signo del verbo increado, y se manifiesta variadamente en los varios signos. Y nada puede haber que no sea señal de la manifestación del verbo engendrado. Y al igual que la mente no queriendo manifestarse más, cesa en la pronunciación del verbo vocal, el cual no puede existir si no es continuamente proferido, así aparece la criatura ante el creador. Todas las demás cosas sin las cuales el verbo vocal no puede proferirse bien, que llamamos Musas, ordenadas al fin del verbo vocal, sirven también a la manifestación de la mente; de igual manera las criaturas son notas y manifestaciones del verbo interno, que sirven al fin de manifestarlo.

Capítulo VIII: La narración del cosmógrafo.

El animal perfecto, en el que se dan la sensibilidad y el entendimiento, debe ser considerado como un cosmógrafo que tiene una ciudad de cinco puertas, los cinco sentidos, por las que entran nuncios de todo el mundo anunciando la disposición del mundo, en este orden: lo que traen nuevas de su luz y color entran por la puerta de la visión, los que el sonido y la voz por la puerta del oído, quienes de los olores por la puerta del olfato, quienes de los sabores por la puerta del gusto, y quienes del calor, frío y otras propiedades tangibles por la puerta del tacto. Siéntese el cosmógrafo y anote todos los relatos para que tenga consignada en su ciudad una descripción de todo el mundo sensible. Ahora bien, si alguna puerta de su ciudad permanece siempre cerrada, por ejemplo la vista, entonces, puesto que los nuncios de lo visible no se han introducido, tendrá un defecto en la descripción del mundo, pues ésta no hará mención del sol, las estrellas, la luz, los colores, las figuras de los hombres, de las bestias, de los árboles, de las ciudades, y de la mayor parte de las bellezas del mundo. Y lo mismo, si es la puerta del oído la que permanece cerrada, la descripción nada contará de habladurías, cantos, melodías y cosas tales. De igual manera con las restantes puertas. Se esforzará, pues, con todo su ánimo en tener abiertas todas las puertas y en continuamente oír siempre las relaciones de novedades de los nuncios, para hacer siempre más verdadera su descripción.

Después de recibidas en su ciudad todas las descripciones del mundo sensible, para no perderlas, las plasmará en un mapa, bien ordenadas y proporcionalmente medidas, y se volverá a él, licenciando ya a los nuncios y cerrando las puertas. Y transferirá su mirada interior al fundador del mundo, que no es nada de aquello que entendió y anotó de los nuncios, sino que de todo ello es artífice y causa, el cual, pensará, está anteriormente referido al universo como él, en tanto que cosmógrafo, al mapa.

167 r

Y de la relación del mapa con el verdadero mundo, especula en sí mismo al creador del mundo como un cosmógrafo, contemplando con la mente la verdad en su imagen y lo señalado en su signo. En esta especulación advierte que ningún animal bruto, aunque parezca tener una ciudad semejante, puertas y nuncios, puede hacer un mapa tal. Y de aquí que encuentre en sí el primer y más cercano signo del creador, en el cual la fuerza creadora reluce más que en ningún otro animal conocido. En efecto, el signo intelectual del creador es el primero y más perfecto de todos, el sensible el último. Entonces se retrae cuanto puede de todo signo sensible hacia los signos inteligibles, simples y formales. Y como en ellos resplandece la luz eterna e inaccesible a toda la agudeza de nuestra visión mental, advierte altísimamente que lo incomprensible no puede ser visto de otra manera que en un modo de ser incomprensible; y como él, que es incomprensible a todo modo de conocer, es la forma de ser de todo cuanto es. El cual, permaneciendo incomprensible en todo lo que es, resplandece en los signos intelectuales como la luz luce en las tinieblas sin ser nunca por ellas comprendida; como un rostro que aparece diversamente en espejos diversamente pulimentados, en ninguno de ellos, por más pulimentado que éste, se espejará, reflejará o incorporará de tal manera que del mismo rostro y el espejo se haga un solo compuesto de ambos, cuya forma sea el rostro y la materia el espejo. Sino que el rostro, permaneciendo uno en sí mismo, se manifiesta variadamente en los espejos, como el intelecto del hombre en sus plurales artes y en los diversos productos de ellas se manifiesta diversamente permaneciendo en sí uno e indivisible, manteniéndose en todos ellos absolutamente desconocido a cualquiera de los sentidos. Esta especulación conduce dulcísimamente al que la contempla hacia su causa, principio y fin de sí y de todas las cosas, de tal modo que felizmente llega a término.

Capítulo IX: Arte y naturaleza.

Estas pocas cosas son fáciles y suficientes a tu especulación ya que eres simple. Pero si te propones indagar más sutilmente sobre sus elementos, fíjate en el lenguaje: en las partes del sonido y en las letras que las designan, de las que unas son vocales, otras mudas, otras semivocales, otras líquidas; y cómo de ellas se hace la combinación de sílabas y palabras, y de éstas la oración, que es, finalmente, lo pretendido. Y es que cuanto es naturalmente procede de los elementos hacia lo pretendido por la naturaleza. En efecto, la oración es la definición o designación de una cosa, que mediante estos cuatro momentos ha llegado de lo imperfecto a lo perfecto. Y cuanto sobre esto pueda ser tratado filosóficamente, suficientemente podrá ser perseguido según el progreso del arte de hablar. Pues como en la naturaleza se encuentran combinaciones bellas, adornadas y gratas a los hombres, así también en el arte de decir y en la concordancia de las voces, aunque algunas se den de modo contrario en ambas. Pues el hombre hace sus consideraciones sobre esto y construye la ciencia de las cosas con signos y vocablos, como Dios el mundo con las cosas.

167 v Para más ornato, concordancia, pulcritud, vigor y virtud del discurso el hombre añade a las palabras otras artes, imitando así a la naturaleza; en efecto, a la gramática añade la retórica, la poesía, la música, la lógica y otras artes, todas las cuales son signos de la naturaleza; por ejemplo, la mente encuentra en la naturaleza el sonido y le añade el arte para poner en él todos los signos de las cosas; de igual modo a la concordancia que naturalmente encuentra en los sonidos añade el arte de la música que las designa todas. El mismo proceso se sigue en las demás artes. Los sabios ociosos intentaron reducir las consideraciones que hicieron sobre la naturaleza, mediante la igualdad de la razón, a un arte común. Por ejemplo, cuando experimentaron las concordancias de ciertas notas por su relación al peso de los martillos que hacen en el yunque notas concordantes, llegaron al conocimiento del arte, y después encontraron lo mismo en los órganos y cuerdas proporcionalmente grandes y pequeños, y trasladaron las concordancias y disonancias de la naturaleza al arte musical. Y de aquí que este arte, puesto que imita más abiertamente la naturaleza, sea más grato, estimule el impulso natural y ayude al movimiento vital de la concordancia o complacencia que se llama alegría. Luego todo arte se funda en la consideración que el sabio encuentra en la naturaleza, la cual es presupuesta pues se ignora su causa *propter quid*, pero añade arte a lo encontrado, ampliándolo mediante el concepto de similitud, que es la razón del arte en tanto que imita a la naturaleza.

Capítulo X: El principio.

Ahora fíjate: si descubriste algún arte y comienzas a enseñarlo en un escrito, tienes necesidad de proponer las palabras aptas al propósito y declarar su significado según tu concepción. Esto es importante. Y como el concepto encerrado en aquellos vocablos es el arte que te propones explicar, todo tu afán versará en que con aquellas palabras enseñes lo que concebiste en tu mente lo más precisamente que puedas. La definición, en efecto, que es la que hace saber, es la explicación de aquello que está coimplicado en el término. Y a esto debes prestar tu principal esfuerzo en todo estudio de los libros, de tal modo que alcances la interpretación de los términos según la mente del autor, y así comprenderás fácilmente todas las cosas, y concordarás los escritos que pensabas se contradecían. Por tanto, si no se yerra distinguiendo las aclaraciones de los términos, mucho se tendrá para la concordancia de los diversos escritos, y menos se desviará uno cuando intente reducirlos a la igualdad.

Te añadiré una consideración que tuve sobre el conocimiento del principio. Conviene que sea el principio aquello que no tiene anterior ni más potente; la sola potencia que engendra su precisa igualdad no puede ser mayor, pues ella une en sí todas las cosas. Y es que tomo cuatro términos: poder, igualdad, unidad y semejanza.

Poder digo a aquello más potente que lo cual no hay nada (*quo nihil potentius*); igual a lo de idéntica naturaleza; uno a lo que procede de ambos; y semejante a lo que es representativo de su propio principio. Nada puede ser anterior al mismo poder, pues ¿qué lo precedería si no *podiera* precederlo? Por tanto, el poder, más potente y anterior que el cual nada puede ser, es ciertamente el principio omnipotente, pues es antes que el ser y el no ser, ya que nada es si no pudiera ser, ni no es si no pudiera no ser. Y precede también al hacer y al ser hecho, pues nada hace si no puede hacer, ni es hecho si no puede ser hecho. Luego ves que el poder está antes que el ser y el no ser, y del hacer y del ser hecho, y de todas las demás cosas por la misma razón. Pues todas las cosas que no son el mismo poder, / sin él no podrían ser ni ser conocidas. Pues toda cosa que puede ser o ser conocida, en el mismo poder está coimplicada, y a él pertenece.

168 r

Lo igual, como no puede ser si no es del mismo poder, será también anterior a todas las cosas, como el poder al que es igual. En su propia igualdad manifiesta que él es un poder potentísimo, pues lo máximo de la potencia es poder generar desde sí mismo la igualdad de sí mismo. El poder, que se refiere por igual a los contradictorios de tal modo que no puede uno más que otro, se refiere igualmente a ambos mediante su igualdad. De su poder e igualdad procede una unión potentísima, pues la potencia o la virtud es más fuerte cuando está unida. Pero la unión del mismo poder, más potente que el cual nada hay, y su igualdad no es menor que aquéllos de los que procede. Y así se ve que el poder, su igualdad y la unión de ambos son un único principio potentísimo, igualísimo y unidísimo. Y es bastante evidente que el poder de igual manera lo une todo, lo coimplica y lo explica, pues cuanto hace por la igualdad lo hace, y si crea, por ella crea, y si se manifiesta, por ella se manifiesta.

Sin embargo, el poder no se produce a sí mismo por la igualdad, puesto que no es previo a sí mismo. Ni produce por la igualdad lo disímil, pues la igualdad no es forma de la desemejanza y desigualdad. Sino que aquello que hace es semejante. En efecto, cuanto es y no es el mismo principio, es necesario que sea semejante a él, puesto que la igualdad, que no recibe el más y el menos, no es multiplicable, o sea, variable o alterable, como no lo es lo singular, ya que no otra cosa es la singularidad que la igualdad.

Entonces, el objeto de toda potencia cognoscitiva no puede ser sino la misma igualdad, la cual se puede manifestar en su semejanza. De donde el objeto del conocimiento sensible no es sino la igualdad, y también el del imaginativo y hasta el del intelectivo. Por naturaleza una potencia conoce su objeto, pero como el conocimiento se hace mediante semejanzas, de aquí que la igualdad, / cuya semejanza las pone en acto, sea el objeto de todas las potencias cognoscitivas. En efecto, por naturaleza, quienes usan del intelecto ven que existe la igualdad, cuya semejanza está en el entendimiento, como la visión ve lo coloreado, cuya semejanza o especie está en la vista. Pues toda similitud es especie o signo de la igualdad. A la vista se presenta una igualdad que se aprecia en la especie del color. Y también a los demás sentidos. Más próxima es la igualdad en la imaginación, porque es imaginable no bajo la especie de la cualidad, sino de la cantidad; y esta especie tiene una semejanza más próxima a la igualdad. En el intelecto, no mediante una semejanza envuelta en las especies de la cantidad o cualidad, sino que se alcanza la igualdad mediante una simple y pura especie inteligible, o una semejanza desnuda. Y se ve que la igualdad,

168 v

ella misma, es una, la cual es forma de ser y de conocer de todas las cosas, y aparece diversamente en las diversas semejanzas. Su aparición singular, que llamamos cosa singular, la intuye la mente humana naturalmente en el resplandor de la igualdad en sí misma, como viva e inteligente aparición suya. Ya que no otra cosa es la mente humana que signo de la coigualdad de la igualdad, primera manifestación del conocimiento, que el profeta llama luz del rostro de Dios sellada sobre nosotros. De aquí el hombre conoce naturalmente lo bueno, equitativo, justo y recto, porque son resplandores de la igualdad, y alaba, por lo mismo, aquella ley: "haz a los demás lo que quieras que te hagan". Pues el alimento de la vida intelectual se compone de tales virtudes, porque el hombre no ignora que la igualdad es su pasto y su comida.

Como se comporta la visión sensible respecto a la luz sensible, así también la visión de la mente respecto a esta luz inteligible, pues la luz sensible, imagen de aquella inteligible tiene la semejanza de la igualdad, puesto que nada desigual se ve en ella misma. Esto es cierto; porque así como la visión sensible nada siente sino la luz y la apariencia de la luz en sus signos, y no piensa que haya ninguna otra cosa, es más, incluso constantemente afirma que quitada la luz nada permanece de ninguna manera -pues ve que se alimenta de ellos-, así también la visión de la mente nada siente sino la luz inteligible o la igualdad, y su manifestación en los signos, y verísimamente afirma que, eliminada esta luz, nada puede ni ser ni ser entendido. Pues ¿cómo, eliminada la igualdad, permanecería el intelecto cuyo entender consiste en la adecuación, que ciertamente terminaría desaparecida la igualdad? ¿Acaso no desaparecería la verdad, que es la adecuación de la cosa y el intelecto? Nada quedaría a la verdad eliminada la igualdad, ya que en la misma verdad no hay otra cosa que igualdad.

Capítulo XI: El alma y la inteligencia.

Y para que veas que el alma sensitiva no es el intelecto, sino su imagen y semejanza, atiende a cómo en el que ve hay una doble forma: una informante, que es la semejanza del objeto, otra formante, que es la semejanza de la inteligencia. Formar e informar son cierto actuar. Ahora bien, nada se hace sin razón, y el intelecto es el principio de las acciones que se dirigen a un fin. Todo lo hace o por sí o por naturaleza; por tanto, la obra de la naturaleza es obra de inteligencia. Y así, cuando informa un objeto mediante su semejanza, hace esto naturalmente, esto es, la inteligencia mediante la naturaleza. Cuando, sin embargo, forma la inteligencia, esto lo hace mediante su propia semejanza. En el vidente, entonces, hay dos semejanzas, una del objeto, otra de la inteligencia, sin las que no hay visión. La semejanza del objeto es superficial y extrínseca, la de la inteligencia central e intrínseca; la similitud del objeto es el instrumento de la inteligencia. Esta, mediante la del objeto, siente o conoce.

Luego el sentir requiere el alma sensitiva, que es semejanza de la inteligencia, y la especie del objeto, que es semejanza de él. Y en eso se diferencia del intelecto, ya que no siente sin similitud del objeto. Sin embargo, el intelecto no depende de otro para entender los inteligibles, y no precisa de ningún otro instrumento distinto de sí mismo, puesto que es el principio de sus acciones. Entiende, por ejemplo, este compuesto: "cualquier cosa o es o no es", sin instrumento ni medio alguno; y de la misma manera todos los inteligibles. Las cosas sensibles no las entiende, porque son sensibles y no inteligibles, por lo que conviene que se hagan primero inteligibles antes de ser entendidas, al igual que nada se siente si primero no se hace sensible.

Capítulo XII: Más sobre la igualdad.

Considera todavía la igualdad en las cosas sensibles; ¿no es verdad que unas superficies son planas, otras redondas y otras medias? Y si concibes con la mente una plana y otra redonda, ciertamente ves que nada tienen desigual. ¿Qué otra cosa es la planicie que la igualdad? Y también la redondez es igualdad, pues por igual se refiere la superficie de lo redondo al centro, necesariamente igual por todas partes, y en ningún punto de otra manera. Y la planicie del mismo modo en todos sus puntos, puesto que si miras a aquella planicie, más igual que la cual ninguna se puede dar, y puesto que toda superficie plana brilla, brillará máximamente; también la redondez brillará y se moverá, como se evidencia en el libro sobre el globo (*De ludo globi*). Las superficies intermedias no pueden ser absolutamente ajenas a toda igualdad, puesto que/ se intercalarán entre las planas y las redondas. Y lo mismo entre la línea recta y la circular, cualquiera de las cuales es igual; luego ninguna línea puede caer fuera de la igualdad. Y lo mismo el número, ninguno de los cuales es ajeno a la igualdad, puesto que en ellos no se encuentra sino la progresión de la unidad, y ninguno hay que sea variable o reciba el más y el menos. Y ciertamente la razón de ello no es otra que la igualdad. Además, ¿no es cierto que nada se encuentra verdaderamente en la salud, la vida, o cualquier cosa semejante, sino la igualdad, eliminada la cual ni el sentido, ni la imaginación, ni comparación ni proporción, ni el intelecto permanecerá? Luego no podrían existir ni durar amor alguno, ni concordia, ni justicia, ni paz sin la igualdad.

169 r

Capítulo XIII: Del alma.

Después de haber considerado el primer principio, inferiré de lo dicho algo sobre el alma.

Recaba primero cómo el aire no se alcanza con ninguno de nuestros sentidos si no está cualificado. De lo cual se manifiesta que si el aire viviera vida sensitiva sentiría en sí las especies de la cualidad. El aire o es sutil o denso, o un intermedio de ambos; el sutil es el éter. Conviene entonces que el alma sensitiva vivifique el aire cercano a sí para que en él pueda sentir las especies de los objetos; por ejemplo, en el aire diáfano, vivo y sutil la especie visiva; en el aire común la especie del sonido; y en el denso y alterado las especies de los otros sentidos. Pues no es el alma sensitiva ni tierra, ni agua, ni aire, ni éter o fuego, sino espíritu que vivifica el aire circundante del modo dicho y siente la conjunción del espíritu y tal aire actualizado por la especie sensible. Por tanto, el aire es el núcleo de la vida de nuestro espíritu sensitivo, mediante el cual el alma vivifica todo el cuerpo y siente los objetos sin ser de la naturaleza de ninguno, sino de una virtud más simple y elevada. Sentir es cierto padecer, pues la especie obra en el cuerpo organizado del que ya hemos hablado. De aquí que el alma no sea corporal, aunque obre en el cuerpo, sino que es respecto de él espíritu formante; y ya que siente tendrá que ser viva y pura, carente de toda especie determinada.

El alma además, que es la que vivifica el cuerpo, a la que pertenece el sentir y que es absolutamente más simple y abstracta que todo cuerpo y especie, no conoce si no presta atención. Es, pues, no sólo de virtud siempre vivificativa, sino también cognoscitiva, que se ejerce cuando se mueve a atender. Es decir, hay en la misma alma sensitiva, más allá de la virtud vivificadora, cierta potencia cognoscitiva, imagen, por así decirlo, de la inteligencia, y a la que en nosotros se une ésta.

Tú ves el rayo de sol atravesar un vidrio coloreado de tal modo que surge la especie del color en el aire; y es mediante aquel resplandor de color del vidrio como ves el aire coloreado a semejanza del vidrio. El color del vidrio se comporta como un cuerpo, y el color del aire como una intención y espíritu relativo a aquél. La especie de esta intención todavía más sutil y espiritual, porque es resplandor suyo, se siente en la vista, o sea, en el aire vivo y diáfano del ojo. Pues así, el alma sensitiva, que vivifica este aire diáfano, es hasta tal punto espiritual que siente el resplandor del resplandor en su diáfano purísimo. Siente que la superficie de lo diáfano del ojo, absolutamente incolora, se tiñe en semejanza del aire coloreado y convirtiéndose al objeto de donde viene el resplandor lo conoce por medio de aquél, sentido en la superficie de su cuerpo diáfano. De donde, como no se produce la visión sino viendo, es decir, al atender al resplandor o intención -pues suponemos que si no estamos atentos no vemos-, es manifiesto que la visión surge de la intención del color y de la atención del vidente.

169 v Insisto en que si lo consideras bien encontrarás en el aire coloreado una semejanza del hombre, que es cuerpo, alma y espíritu. El cuerpo es como el aire, el alma como la especie del color que penetra por todo el aire formando y coloreando, / y el espíritu como el rayo de luz que ilumina el color. Pues si nuestra alma racional no tuviera en sí el espíritu de discreción que en ella luce, no seríamos hombres ni sentiríamos de una manera clara más allá de los restantes animales. Por tanto, aquella luz que luce en nosotros nos es dada de lo alto y no se mezcla con el cuerpo; y efectivamente, experimentamos que es una luz discretiva. Luego sabemos ciertísimamente que nosotros debemos toda la discreción y perfección de nuestra animalidad a aquella insensible luz, pues si no brillara en nosotros erraríamos totalmente, del mismo modo que nada coloreado permanece en el aire visible cuando cesa el rayo de sol de penetrar por el vidrio coloreado.

Llevando la similitud al máximo, el cielo es como un vidrio que contiene en sí el zodiaco o círculo de la vida y la virtud que lo crea todo es como el rayo de sol. Tomad de estas breves consideraciones materia para especular y ampliarlas cuando queráis.

Resta la consideración de nuestra fe dulcísima, cuya certeza supera a todas y sola basta para hacer feliz, sobre la cual hay que tratar a menudo y sólidamente.

Conclusión.

Aquí tienes lo que nosotros sentimos sobre estas cosas, tratado en otras ocasiones más ampliamente en muchos y varios opúsculos que podrás leer después de este compendio; y encontrarás que el primer principio, siempre idéntico, nos ha aparecido de modo vario y que nosotros describimos de varias maneras sus variadas manifestaciones.

Epílogo.

Todo el esfuerzo del pensamiento tiende a la unidad del objeto, a la cual el apóstol Felipe, guiado por Cristo, el Verbo de Dios, decía: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta". Al Padre del Verbo y de la igualdad, por omnipotente, más arriba lo denominamos poder. Uno es el objeto de la visión mental y de la visión sensible: de la visión mental como es en sí, de la visión sensible como es en los signos; y es el mismo poder más potente que el cual no hay nada. El, puesto que es todo lo que

puede ser, es él mismo todas las cosas que pueden ser, sin variación de sí, ni aumento, ni disminución. Pues como todas las cosas no son sino lo que pueden ser y como el poder, más potente que el cual no hay nada, es todo lo que puede ser, no hay otra causa de todo cuanto existe sino el mismo poder.

Luego entonces, existe una cosa porque existe el poder ser, y es esto y no otra cosa porque existe la suma igualdad, y es una porque existe la suma unión. De aquí que nada se ofrezca a la visión de la mente en todas las cosas y a través de todas ellas sino aquello más potente que lo cual no hay nada. Pues no apetece aquella visión muchas cosas y variadas, puesto que no se inclina a lo mucho y variado, sino que naturalmente es llevada hacia aquello más potente que lo cual no hay nada, y en cuya visión vive y descansa. Y dado que la potencia más potente que la cual no hay nada es virtud máximamente unida, por eso se llama la misma unidad, más potente que la cual no hay nada. El objeto de la visión mental es la unidad omnipotente, invariable e inmultiplicable, no el número, pues en el número nada hay que desee ver sino la misma unidad en que radica todo lo que cualquier número es o puede ser o explicar. Atiende, en efecto, a lo que en todo número es numerado, y no al número mismo, y verás que nada puede haber en cualquier número de cualquier especie, grande o pequeño, par o impar, que no sea aquella virtud, más potente que la cual no hay nada, que llamamos unidad.

No es, pues, otro el objeto de la visión mental que el poder más potente que el cual no hay nada, pues él solo, sin mutación de sí, puede ser todo y hasta lo es, y sin él nada puede ser. Porque, ¿cómo algo sería sin él, si sin el mismo poder no podría ser? Y si sin él algo pudiera ser, entonces lo podría sin poder, lo que es imposible. El objeto de la visión sensible es alguna cosa sensible, la cual, como no es sino aquello que puede ser, no es sino el mismo objeto de la visión mental, pero no tal y como es en sí, al modo como se ofrece a la mente, sino como en un signo sensible, es decir, como se ofrece a la visión sensible. Todas las cosas existen porque el mismo poder, más potente que el cual no hay nada, quiere poder ser visto. Y esta es la causa de las causas, causa final de todo, a la cual se ordenan todas las cosas en el ser y en el conocer. Y así cierro esta brevisísima y compendiosísima guía que quien contemple con una mirada más sutil, aguda y limpia podrá ampliar y hacer más clara para alabanza del todopoderoso y siempre bendito.

NOTAS

¹ Traduzco con la libertad de pensar que *quantitatis* de la línea 5, número 12 (170 r) es una corrupción de un original que debió ser *qualitatis*, aunque ni la traducción alemana de la Academia de Heidelberg, ni la italiana de Santinello, hayan hecho nada similar; ni tampoco señalen variantes al texto latino. El motivo es únicamente el sentido del párrafo.